

DE ISIDORO LAVERDE AMAYA

OJEADA CRITICO-HISTORICA SOBRE LOS ORIGENES DE LA LITERATURA COLOMBIANA

Dedicada al señor doctor don José Manuel Goenaga G.

— I —

Hay en estos momentos un deseo general por conocer y apreciar cuanto se refiere al desarrollo literario de Colombia. La propaganda de las ideas por medio de la prensa fue durante algunos años en nuestro país tarea de ilustrados espíritus, labor ingenua, fecunda y civilizadora, a favor de la cual probablemente tomaron forma y se organizaron los partidos, se desarrolló la necesidad de la lectura y se tomó gusto y afición a las creencias de la inteligencia.

A medida que el tiempo transcurre, van borrándose las huellas de algunos ingenios laboriosos y preclaros que buscaron el modo de hacerse útiles a sus compatriotas, transmitiéndoles sus conocimientos y el caudal de su experiencia. Hay que recoger en un solo grupo los nombres de aquellos varones que, en los albores de nuestra existencia política y social, ayudaron a ilustrar la mente con sus escritos y echaron las bases del movimiento intelectual de que hoy nos ufamamos.

La primera figura que se presenta en el escenario es la del Conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada. Este fundó la ciudad de Bogotá el 6 de agosto de 1538, al pie de los empinados y desnudos cerros de Monserate y Guadalupe, en el sitio denominado *Bacatá*, en idioma chibcha, término o remate de labranza, y quiso que el país que había descubierto —y que perteneció a los dominios de España hasta 1810— se llamase Nuevo Reino de Granada, en recuerdo de las vegas de Granada, en donde el Conquistador español había nacido, y también por la semejanza que encontró entre la Sabana y aquella fértil región de Iberia.

Quesada y los ciento sesenta y seis hombres que le acompañaron a penetrar hasta el antiguo imperio de los Zipas (imperio cuya capital era Funza, en la sabana de Bogotá), fueron recibidos de paz por los indios, y solo así se comprende que hubieran salvado la vida aquellos aventureros en medio de pueblos numerosos, que si no disponían de pólvora y de arca-

buces, no carecían de indomable valor y constancia como luego tuvieron ocasión de mostrarlo. Mucho se ha repetido que los caballos de los españoles amedrentaban a los naturales del país, y esto pudo influir al principio —como causa secundaria— para que no acometiesen con ardor; pero este mismo hecho y las continuas demostraciones de agasajo con que acogieron a los españoles, ponen de manifiesto la índole pacífica de los indios.

Las numerosas construcciones que tenían, tan poéticamente dispuestas que hicieron exclamar a Quesada que este era el *Valle de los Alcázares*; las finas mantas con que se cubrían y el respeto que les inspiraban los representantes de la autoridad, dan testimonio sobrado de que ese pueblo estaba muy lejos de ser bárbaro. Es presumible que la sorpresa que en ellos produjo la entrada a sus tierras de gentes desconocidas, despertase vivamente su curiosidad, lo que no debió escaparse a la penetración del Conquistador, que era hombre de mundo y ambicioso, dotado seguramente de poderosa labia, que no descuidaría en los primeros momentos, a fin de hacer que los intérpretes abultasen a los gobernantes indios el esplendor y fuerza de la Corte del monarca español.

La obra de reducción les fue a Quesada y a sus compañeros relativamente fácil, y si el primero expuso su vida en azarosos combates, principalmente cuando pretendió buscar el país del *Dorado*, en lucha con los Omeguas, vese bien que a ello lo llevaba la codicia; el ansia de conseguir oro. Las proporciones de la Conquista tuvieron que ser exageradas por los españoles que tornaban al suelo natal, y quién sabe si el desdichado fin de algunos Príncipes de estas comarcas no fue sino resultado del siniestro plan de los mismos dominadores del suelo, temerosos de que las autoridades de España les concedieran más tarde vasallaje y dominio a los que tan mansamente acataban una autoridad que se encontraba a miles de leguas (1).

Quesada no logró en la Corte obtener del Rey el título que ambicionaba para dominar de derecho la tierra que había descubierto, y en la cual sus dos hermanos, en ausencia suya, obraban con amplia libertad, con tanta, que el adelantado D. Luis Alonso de Lugo, viose en el caso de reprimir sus desmanes: púsolos en prisión enviándolos luego a España, mientras el Conquistador disfrutaba en Madrid, en París y en algunas ciudades de Italia de vida disipada de *galantuomo*, y distribuía con liberalidad las riquezas que tan fácilmente había acumulado en Nueva Granada.

La sumisión religiosa que los conquistadores impusieron a los antiguos habitantes de este suelo, queda comprobada con el hecho de que un abogado y hombre de espada como Jiménez de Quesada, compusiera una *Colección de sermones con destino a ser predicados en las festividades de Nuestra Señora*. También escribió un *compendio historial o Ratos de Suesca*, que era, según se colige, la relación de la Conquista y guerras

(1) La vida moral de estos indios y policía suya, es de gente de mediana razón, porque los delitos ellos los castigan muy bien, especialmente el matar y el hurtar y el pecado nefando, de que son muy limpios, que no es poco para entre indios, y así, hay más horcas por los caminos y más hombres puestos en ellas que en España.

M. Jiménez de la Espada, Epítome de la Conquista del Nuevo Reyno de Granada.

posteriores y la lista de los conquistadores y encomenderos que existían a tiempo de escribir su relato. Cortos fragmentos de ese resumen histórico, citados por Plaza y Acosta, han llegado hasta nuestros días, pero desgraciadamente el manuscrito se perdió sin imprimirse. Es posible que los sermones lograran los honores de la publicidad y que sean los que figuran en una colección en dos tomos, publicada en Santa Fe de Bogotá hacia 1828, sin nombre de autor.

La siguiente reflexión es de la pluma del historiador Vergara, quien alcanzó a recoger tradiciones orales de hombres notables descendientes de españoles, pero patriotas, por vivir muy apegados a las cosas de su tierra, no obstante que se les llenaba la boca de agua al apellidar madre patria a la Península.

“En general, los hombres que fundaron nuestra sociedad eran incultos soldados que desde su más temprana edad estaban en los campamentos, siguiendo la vida agitada del Emperador”.

Y Rodríguez Fresle, hombre de agudo ingenio y que movió con donaire la pluma de historiador anecdótico, dijo:

“Eran tan ignorantes, que los Cabildos que hacían los firmaban con el fierro con que herraban las vacas” (1).

— II —

Es, incontestablemente, autor laborioso y de mérito singular, según la época en que apareció, Juan de Castellanos, cura español, que escribió en verso las *Elegías de varones ilustres de Indias*, y que también corrió aventuras de capa y espada, moda y ejemplo de los varones de aquel tiempo. Las *Elegías* ha sido un libro frecuentemente citado y comentado por escritores nuestros y de ultramar.

Cuando Castellanos comenzó a escribir, se encontraba ya en el ocaso de la vida, y sus palabras resuenan con melancólico e intencionado acento:

*A cantos elegiacos levanto
Con débiles acentos voz anciana,
Bien como blanco cisne que con canto
Su muerte solemniza ya cercana.*

La Historia del Nuevo Reino de Granada, escrita en verso por Juan de Castellanos, se publicó en Madrid en 1886.

Los religiosos agustinos y dominicanos de esta ciudad y de la de Cartagena fueron los primeros que, como casi únicos depositarios del

(1) Es posible que tales palabras aparezcan hoy como figura de retórica. Pero si se quiere comprobar con un hecho auténtico el salvajismo de algunos de los españoles de la Conquista, véase la primera parte de las Noticias Historiales del Padre Simón. Léase allí el caso del soldado Francisco Martín, quien después de haber recibido con sus compañeros auxilios de cuatro indios que acudieron en una canoa a llevarles abundantes provisiones, con qué calmaran el hambre, trataron de darles muerte a todos, y no pudiendo lograrlo sino respecto de uno, lo quemaron en una hoguera y luego se lo comieron.

saber de entonces, acometieron, en la tranquila soledad del claustro, la empresa de escribir en letra pastrana, las hazañas de los conquistadores y sus encuentros con los indios, el comento y relato de los sucesos de la vida civil de la colonia, obras que han desaparecido en su mayor parte. Algunas deben encontrarse en los archivos de España.

El Padre Pedro Simón, luego Obispo, Juan Rodríguez Fresle, Alonso Garzón de Tahueste, Lucas Fernández de Piedrahita, Juan Flórez de Oca- ríz y Alonso Zamora, son los más antiguos y conocidos de nuestros histo- riadores.

La obra del Padre Simón lleva el título de *Noticias historiales de la Conquista de Tierra firme en las Indias Occidentales*. Imprimióse la primera parte en Cuenca en 1627. En Bogotá se hizo, no hace mucho tiempo, la edición completa. Consta de cinco grandes tomos y contiene muy cu- riosas noticias reunidas con diligente celo. Es de lamentarse que la copia que sirvió para poner la obra en tipos de imprenta no hubiese sido tomada con el esmero y debida confrontación que requería un trabajo de esa natu- raleza. Inconducente nos parece censurar aquí el estilo o manera literaria del autor; haremos notar de paso que los largos períodos de su prosa son lectura fatigosa. El grande acopio de hechos históricos reunidos en esas páginas es un tanto extraño, o si se quiere inútil a los que deseen ilustrar su criterio filosófico con el conocimiento de los orígenes y grado de cul- tura de la nación chibcha. Las reyertas interminables de los conquistadores con los indios, los actos de arrojo y de encendido coraje en unos y en otros, son más el fruto de las costumbres guerreras de aquel siglo, que muestra del valor heroico que exige la lucha por la libertad y la creencia o aspiración a buscar grandes ideales. Inclinámonos a creer que esas cró- nicas, publicadas siempre con el asentimiento de la autoridad, y escritas de ordinario bajo el ojo vigilante de los superiores del claustro, no se hallan de un todo conformes con la verdad, porque en ellas más se atendió a perpetuar lo que se concedía al arrojo, tenacidad y orgullo del buen nombre español, que a transmitir noticias exactas del origen, modo y cul- tura de un pueblo que, juzgándolo hoy por sus descendientes, era de ge- nerosos instintos, de índole afable, propenso a la hidalguía, indiferente al peligro y al dolor, hasta llegar a ser estoico, y a quien como condiciones negativas o dañosas, solo se le pueden enrostrar su propensión constante a la borrachera, el prurito de mentir y el carácter tenaz, ingénito de su raza.

Después de todo, quién podrá desconocer que los descendientes de los moros reclinaron con amoroso empeño su varonil cabeza en el regazo de las tímidas pero confiadas indias, tan susceptibles al halago como capri- chosas y porfiadas en el objeto de su amor? Inclinación natural que no debió ser factor pequeño en la total tarea de colonización o sujeción de las tierras neogranadinas que, en todo tiempo, fue la mujer cebo a las ambiciones y lazo escurridizo en que el hombre, a modo de la oveja cuando la esquilan, suele dejar cuanto lleva.

El trato que los indios daban a sus mujeres, un tanto agrio y áspero, rasgo predominante en ellos, que aun se conserva, tuvo que formar con- traste con la franqueza desdeñosa pero obligante de los españoles, a más de los atractivos o inclinaciones de raza, que suelen imponerse como leyes

naturales para la más acertada reproducción de la especie humana. Ya sabemos que la mujer siempre se ha valido de los irresistibles encantos femeniles para lograr por medio de ellos calmar las desgracias de sus allegados, trabajar en favor de la paz o de ideas religiosas, y no hemos de imaginarnos que las indias, por muy toscas que se las suponga, anduviesen lejos de este pensamiento al dar pábulo a las pasiones sin valla de los españoles, que así ocasión se les presentaba para tratar de calmar la dureza y maltrato que sufrían muchos de sus hermanos por virtud de la conquista.

Lo cierto es que la mayoría de los españoles que arribaron a América cobraron afición al suelo, y muy raro tornó definitivamente a España.

Es de este lugar el anotar que el historiador Piedrahita afirma que ninguno se casó con india, aun cuando, dice había en el reino tantas mujeres nobles, hijas y hermanas de reyes, caciques y uzaques.

En los años que siguieron a la fundación de Bogotá, en lo que pudiera llamarse la adolescencia de la capital chibcha española, los rasgos peculiares de las costumbres, producto del clima, de antiguas tradiciones y de la propaganda de los religiosos que acudieron a difundir el evangelio con sus prédicas, forman necesariamente un aspecto que arroja alguna luz en el estudio de la vida de estos pueblos.

— III —

Trataremos de la *Conquista y Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, obra de Rodríguez Fresle, que circuló por más de dos siglos en copia manuscrita, conocida del público con el nombre de *El Carnero*, que, como se sabe, quiere decir *crónica*, y es lectura por demás entretenida y curiosa. Comprende los sucesos más notables de Bogotá durante los primeros cien años que siguieron al de 1538. No hay que imaginarse que el lenguaje anticuado disminuya el atractivo del conjunto, que antes parece que suele comunicarle cierto valor de autenticidad, convirtiéndola en verdadera historia de la familia, en la que los hechos escandalosos de la época de la Colonia están narrados con una puntualidad y buena fe, dignas solo de aquellos tiempos. Tal sello de veracidad de Rodríguez Fresle es sin duda lo que ha impulsado a varios de los historiadores que han venido después de él, a que prohíjen sus noticias e inserten en sus obras largos trozos de aquella. Entre los que más acuciosamente le han seguido, figura D. José Manuel Groot, investigador paciente, muy dado a compulsar los archivos, a fin de poder rectificar fechas o conceptos dudosos; prolijo, particularmente, en el estudio de la vida de la Colonia, y el que demuestra con las citas que hace de *El Carnero*, que encontró apreciables y dignas de entero crédito las noticias de Rodríguez Fresle.

Hay, pues, que otorgarle la palma de animado cronista, imparcial en sus juicios, que no rehusa aplaudir a dos manos la conducta de los Visitadores, Oidores o Presidentes que dejaron buen nombre en esta tierra, y que censura sin ambages las acciones desdorosas y menguadas de aquellos que dieron ocasión a no cortos males y disturbios en la vida civil de la naciente sociedad santafereña. Es innegable que el autor de *El Carnero*

era un espíritu inquieto y observador. La agudeza de las sátiras que empleó contra los gobernantes que las merecían, son a modo de testimonio que comprueba el origen de Rodríguez Fresle, que desde entonces ha sido tendencia irresistible entre los bogotanos la de buscar el lado flaco de los que mandan para zaherirles con mano larga.

Al ilustrado escritor D. Felipe Pérez se debe que *El Carnero* dejara su furtiva y misteriosa existencia, para aparecer en letras de molde y convertirse en una de nuestras primeras fuentes históricas de indispensable consulta. El citado publicista afirmaba que *El Carnero*, por lo raro y bien sostenido de su estilo y por la imparcialidad de sus conceptos, era superior a la época y al país en que se escribió, y aún añade que en España mismo no se encontrarían mejores libros sobre asuntos históricos compuestos en el siglo XVI o principios del XVII. También D. José María Vergara lo elogia en estos términos:

“El estilo de Rodríguez Fresle es natural y correcto, animadísimo a las veces: ningún escritor de su tiempo le aventaja en el sabor local que supo dar a su vivaz relación”.

Las crónicas de Rodríguez Fresle que, como ya lo dijimos, comprenden un período de más de un siglo, tratan de los primeros conquistadores de este Reino, de las costumbres y ceremonias religiosas de los muiscas o chibchas, de la historia o explicación de la fábula *El Dorado*, del número y nombre de los soldados que acompañaron a los tres conquistadores Quesada, Belalcázar y Federmán, de los principales sucesos desde la venida de D. Pedro Fernández de Lugo, primer Gobernador de Santa Marta, hasta D. Martín de Saavedra Guzmán, octavo presidente de la Real Audiencia, y a par que de la vida civil de la incipiente población, nos imponemos en esa lectura de todos los actos de los Obispos y deanes y prebendados de las dos catedrales del Virreinato, Santa Marta y Bogotá, desde D. Juan Fernández de Angulo hasta D. Cristóbal de Torres, nono Arzobispo, fundador del Colegio del Rosario, y adquirimos noticia de la fecha de fundación de las ciudades de la Colonia, del origen de los respectivos nombres de éstas y del de los individuos que las poblaron.

Algunos de los episodios de *El Carnero* hanse popularizado hasta en romances y leyendas, como sucede con la alevosa muerte que el Oidor Cortés de Mesa dio a Juan de los Ríos; pero hay otros ignorados, que bien valdría la pena de que se les conociese. Da una idea de aquellos apartados tiempos y de las costumbres sencillas de entonces, en lo que toca a lo religioso y lo moral, el siguiente pasaje que tomamos de la página 147 de dicha obra:

“El sacristán Clavijo tenía la costumbre de cerrar, en siendo hora, la puerta principal de la iglesia Catedral, y luego subía al campanario a tocar la oración del Ave-María, lo cual hecho, cerraba su sacristía, y por la segunda puerta, que tenía postigo, se iba a cenar a casa de su hermano Diego Clavijo, a donde se detenía hasta las nueve o diez horas de la noche. El ladrón le tenía muy bien contados los pasos. Entróse en la iglesia como que iba a hacer oración, aguardó a que saliese al campanario,

y al punto se metió debajo de la tumba que estaba en la iglesia. El sacristán cerró sus puertas y fuese a cenar; el ladrón salió de la tumba, fuese al altar mayor, quitóle a la imagen de Nuestra Señora la corona y una madeja de perlas que tenía al cuello, descolgó la lámpara de la Virgen, que era grande, y apagó la del Santísimo; lo cual hecho, aguardó al sacristán; el cual, habiendo venido, como entró a la iglesia y vio la lámpara apagada, tomó un cabo de vela y salió a buscar lumbre por aquellas tiendas, dejando el postigo abierto. A este tiempo salió el ladrón con el hurto, encaminándose a su casa, que estaba a tres cuadras de la iglesia, en las casas de María de Avila, encomendera de Siquima y Tocarema, a donde el clérigo su amo era doctrinero. Pues de ninguna manera el ladrón pudo acertar con la puerta de su casa; pasó hasta el río de San Francisco, a donde lavó la lámpara; fue a la puente, y de ella a la Calle Real hasta la iglesia, y de ella fue otra vez hacia su casa, y tampoco pudo topar con la puerta. Volvió al río y a la puente y viniendo por la Calle Real, ya cerca de la iglesia, comenzaron a cantar los pajaritos. Entonces allegó a la puerta de la iglesia por donde había salido, y soltó la lámpara, corona y madeja, y fuese a su casa, y entonces topó con la puerta de ella, donde se entró. El sacristán Clavijo volvió con la lumbre, encendió la lámpara y fuese a acostar. Muy de mañana se levantó a aderezar el altar mayor, y estándolo componiendo alzó la cabeza y vio la imagen sin la corona y madeja; echó menos también la lámpara grande. Fue corriendo, abrió la puerta; iba tan desatinado, que hasta que tropezó con la lámpara, no la echó de ver. Llamó algunas personas que andaban ya levantadas para que vieses lo sucedido, y como no faltó nada, no se hizo ninguna diligencia, ni se supo hasta que este ladrón lo confesó; al cual, substanciada la causa, le condenaron a muerte de fuego, y se ejecutó la sentencia en esta plaza pública. He querido decir todo esto para que se entienda que los indios no hay maldad que no intenten, y matan a los hombres por roballos.

“En el pueblo de Pasca mataron por roballe la hacienda, y después de muerto, pusieron fuego al bohío donde dormía, y dijeron que se había quemado. Autos se han hecho sobre esto, que no se han podido substanciar; y sin esto otras muertes y cosas que han hecho. Dígalo para que no se descuiden con ellos”.

Algunas de las reflexiones que intercala en el curso del relato, ponen de manifiesto lo desengañado que andaba el autor de las vanidades humanas y el conocimiento que la experiencia y los años le habían dado de los hombres. Apenas insertaremos dos de estas citas. Hélas aquí:

“Mentirosos y sin verdad llama el Espíritu Santo a los hijos de los hombres, y ansí no se puede hacer confianza en ellos, porque faltan siempre. Tan fallido está su trato y tan acostumbrados están a buscar sus intereses, que aun donde se siguen muy pequeños pierden el respeto a la verdad, el temor a la justicia, el decoro a asimismo y a Dios la reverencia; faltan en las obligaciones, niegan los conocimientos, rompen las amistades y corrompen las buenas costumbres. ¡Oh bienes temporales que sois a los que os tienen una hidropesía con que los aventais y poneis hinchados, dándoles una sed perpetua de beber y más beber, y nunca se hartan!...”.

“Dichoso aquel que lejos de negocios, con un mediano estado, se recoge quieto y sosegado, cuyo sustento tiene seguro en los frutos de la tierra y su cultura, porque ella como madre piadosa le produce, y no espera suspenso alcanzar su remedio de manos de los hombres, tiranos y avarientos”.

Pero la filosofía de Rodríguez Fresle y su amor a la humanidad, no alcanzaron hasta dar entrada a su historia a las crueles vicisitudes y sufrimientos que los indios experimentaban por mal trato. En tiempo de la colonia se les llevaba a la iglesia a enseñarles la doctrina y a oír misa, por la fuerza, y los que no concurrían eran castigados con azotes y les cortaban el cabello, cosa que les causaba viva mortificación.

— IV —

Como dato bibliográfico, que no de otra suerte puede señalarse el nombre de Alonso Garzón de Thauste, de quien el diligente historiador Vergara nos dice que dejó dos obras: *Historia antigua de los chibchas y Sucesión de Prelados y Jucces seculares del Nuevo Reino de Granada*. Una y otra andaban manuscritas y desaparecieron sin que se imprimiesen de ellas ni siquiera cortos fragmentos.

La Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada por el doctor D. Lucas Fernández de Piedrahita, es un libro que goza de gran crédito y que ha circulado profusamente entre los eruditos dedicados a investigar el origen de los pueblos americanos. El estilo es irregular y confuso, las apreciaciones vagas y a veces incoherentes, y en lo general carece de sindéresis.

Piedrahita vio la primera luz en la ciudad de Santafé de Bogotá el 6 de marzo de 1624, y su educación corrió a cargo de los Padres Jesuítas en el antiguo Colegio de San Bartolomé. Dicese que de joven compuso piezas dramáticas, de lo cual apenas queda la memoria, que no las obras. Dedicado a la iglesia ganó rápidos ascensos en su carrera, y con sus puntas de abogado se le encaró a uno de los Visitadores de la Real Audiencia, por defender sus prerrogativas como Provisor. Tal pleito dio por resultado que tuvo que ir a España a sustentar en la Corte sus derechos; allí duró seis años, épocas en que escribió el libro que hemos mencionado, consultando para redactarlo los manuscritos de Quesada, Castellanos, Aguado y Medrano. Regresó a América con el nombramiento de Obispo de Santa Marta. Hizo entonces reedificar de piedra la catedral de esa ciudad, que era un edificio de paja muy dispuesto a los incendios. Sorprendiólo en aquel lugar la expedición de los Piratas Cos y Duncan, quienes le llevaron preso a la isla de la Providencia; pero Morgán, el jefe de los corsarios, le devolvió la libertad e hizo que le condujeran a Panamá, de donde había sido nombrado últimamente Obispo. En esta ciudad terminó su vida, Vergara dice que de 64 años de edad, y Acosta que ya octogenario.

Pertenece a la pluma de Piedrahita la descripción de la batalla de Las Vueltas, entre los ejércitos del Zaque de Tunja y el Zipa de Bogotá, página digna de ser citada porque con ella se comprueba el valor y arrojo con que peleaban los naturales de este país, condiciones que este autor

reconoce en los indios, pero que otros historiadores han amenguado muchas veces o negado en absoluto. Véase el principio de tan interesante relato:

“Seguía el sol su carrera poco antes de rayar el mediodía, y hallándose los tunjanos no menos deseosos de venir a las manos que los bogotaeas, bien ordenados de ambas partes los escuadrones, después de un corto razonamiento que los dos reyes hicieron para aumentarles el ánimo que mostraban, a la primera señal empezaron a resonar los caracoles, pífanos y fotutos, y juntamente la grita y confusión de voces de ambos ejércitos que llamaban guazabara, y acostumbraban siempre al romper de la batalla; cuyo ataque primero corrió por cuenta de Zaquezazipa con tanto estrépito y efusión de sangre por aquella muchedumbre, de bárbaros derramada, que nadaban las yerbas en arroyo de ella. El primer estrago causaron los pedreros de las dos alas de cada ejército y entre el restallar de las hondas, y silvar de las saetas, se fueron mezclando las hileras con tanto coraje, que no se malograba tiro, ni golpe entre los combatientes. Veíanse los campos sembrados de penachos y medias lunas de sus dueños, a quienes desamparaban en las últimas angustias de su vida... Nunca Marte se mostró más sangriento y sañudo, ni la muerte recogió más despojos en las batallas más memorables...”.

No cabe terminar las citas de Piedrahita sin imponer a los lectores del caso sucedido en Popayán (año de 1563) entre un eclesiástico, una india y el Obispo Fray Agustín de la Coruña, Gobernador entonces de aquella Diócesis. Copiamos del libro inconcluso de Piedrahita:

“Díjole al Obispo un clérigo relajado, que una india de mal vivir (de las que en aquellas provincias son bien conocidas por el nombre de *mamas*), había hechizado a un hombre secular que la había tenido encerrada en su casa viviendo en mal estado con ella; no siendo en la realidad celos de la honra de Dios el que le apremiaba a la denuncia, sino impulso de celos bastardos que lo atormentaba, por haberlo dejado a él por el secular. Sintió la culpa de la india el buen prelado como propia, agradeció al clérigo la noticia que le daba y mandóle a un ministro llevase la india a su presencia. Ella, aunque llorosa, hubo de comparecer forzada: tenía el Obispo bajos los ojos, y sin levantarlos para verla, comenzó a afearle su culpa, diciéndole que si la cometía por necesidad, él de su renta le daría lo necesario por que no ofendiese más a su Criador, y si era de vicio, temiese mucho su condenación, y más cuando para mayor desdicha suya se valía de hechizos y de tener pacto con el demonio, de que debía afrentarse mucho, siendo redimida con la sangre de Jesucristo. La india aumentaba sus lágrimas al paso que la reprensión crecía, y bajando el manto de la cabeza (que en su idioma se llama *anaco*) respondió humilde: que ella no sabía qué cosa fuese hechizos; que si usaba de ellos, dijese aquel sacerdote que estaba presente y le había acusado, dónde los tenía, pues para afirmarlo se gobernaba por el enojo que tenía con ella por haberse apartado de su amistad. Levantó los ojos entonces el Obispo para mirarla y reparando en la extremada hermosura de la india y en la turbación del sacerdote, a quien volvió a mirar despacio, díjole escandecido: ¿Cómo es esto Angel de Dios? (1) que a su mismo Obispo quiere hacer

(1) Piedrahita nos hace saber que este Obispo, en su candorosa piedad, llamaba familiarmente a todos los sacerdotes ángeles de Dios.

alcahuete? El hechizo de la cara se lo dio el cielo a esta india, y quiebra el corazón que los sacerdotes busquen semejantes hechizos. Lloró la mujer enternecida y lloró mucho...”.

El historiador añade que tanto la mujer como el culpado se enmendaron, mediante las exhortaciones del Obispo.

En la fila de historiadores antiguos sigue a Piedrahita el célebre D. Juan Flórez de Ocariz, nacido en la Península, y autor de las *Genealogías del Nuevo Reino de Granada*. El historiador Acosta analizó con tan seguro criterio la índole y trabajos de Flórez de Ocariz, que es de rigor el copiar sus propias palabras:

“El Presidente de este Reino lo destinó a varias comisiones importantes de cobranzas y conducción de caudales a Cartagena, Santa Marta y Antioquia. Nombrado Tesorero de Santafé, después de la expedición contra los piratas de Providencia, en que se halló como contador y veedor de la Armada y mostró aptitudes marciales, recibió el título de capitán de infantería y acompañó en esta clase a D. Juan B. de Beaumont, Presidente de Panamá en la guerra contra los Chocoes. Fue Alcalde ordinario de Bogotá en 1666 y designado como procurador general a la Corte. Casó con Da. Juana Acuña y Angulo, natural de Muso y encomendera de Campo y Minipi. Escribió las *Genealogías del Nuevo Reino de Granada*, que se imprimieron en Madrid en 1674; trabajo ímprobo, lleno de noticias interesantes, en el cual lo menos útil es precisamente lo que fue el objeto principal de la obra, que consistía en desenmarañar la ascendencia de los descubridores, la mayor parte personajes oscuros, y aquí es donde brilla el arte técnico del genealogista, el cual se funda en el hallar por las ramas un noble tronco. No se anda Ocariz por éstas mucho tiempo; y remonta, con el atrevimiento propio del oficio, a los más remotos períodos. Así es que hace descender a Martín Galiano, fundador de Vélez, del Emperador Galieno... Sin embargo, el preludeo que compone la mitad del primer volumen encierra noticias locales las más interesantes, que no se hallan en otra parte y que suponen un trabajo asiduo de muchos años, y aunque comienza por la creación del mundo y la etimología de las palabras más usuales, llega por fin a la época y cosas positivas que nos importa conocer”.

El Padre Alonso Zamora, bogotano, cronista del Convento de Santo Domingo, en donde, con el Padre Bernardo de Lugo, autor de una gramática del idioma chibcha, consagraba gran parte de sus ocios monacales al estudio de la historia, escribió, por orden de sus superiores, la *Historia del Nuevo Reino y de la Provincia de San Antonio en la religión de Santo Domingo*, obra que fue impresa en Barcelona de España en 1701, en un grueso volumen infolio.

Los frailes dominicanos de Bogotá, lo mismo que los de Quito, eran los poseedores de las obras curiosas y de estudio, y los que se consagraban al aprendizaje de los idiomas de los indios.

Algunos otros eclesiásticos se dedicaron también en ocios provechosos al cultivo de las letras, pero, si exceptuamos los que hemos nombrado y

aquellos que consagraban paciente esfuerzo al aprendizaje de los dialectos de las diversas parcialidades de indios, las obras que compusieron esos escritores forman un acopio de novenas, libros de rezo, apologías de santos, de prebendados y de monjas; laudatorios en verso, así de insignificantes producciones como de virtudes dudosas de mandatarios y dignidades. Parece como si la ciencia y el simple raciocinio fuesen transmitidos por la autoridad —civil o eclesiástica— en proporciones medidas, y que los cantores o expositores del pensamiento, se contentaban, a más no poder, como las aves de corral implumes, en alzar el vuelo hasta el alero del convento, para desde allí mirar, con solo un ojo, el verdor y la frescura del suelo.